



HERNAN CORTÉS.

## LECCION VIII.

### HERNAN CORTES. COMBATE NAVAL Y BATALLA DE TABASCO.

DICE "La Ilustración Mexicana," periódico que se publicaba hace algunos años en la Capital de la República: que la conquista de México, con todos sus episodios y accidentes, es uno de los acontecimientos mas grandes del mundo en el terreno de la política, de la civilización y la guerra. Por esto las elocuentes plumas de Bernal Díaz y Pedro Martir; de los Oviedo, Gomara y Herrera; del inspirado Solis y de los cultísimos, bien que apasionados Robertson y Prescott, se han ocupado de ella para dar fama á tan sublimes sucesos. . . . .

Hernan Cortés, jóven de 33 á 34 años, natural de Medellín; es nombrado por el Gobernador de Santiago de Cuba, despues de muchas dificultades, para que, como General, se hiciese cargo de la armada que despachaba para la conquista de la Nueva-España.

El 10 de Febrero de 1519 salió de la Habana con diez buques, y uno mas chico que se agregó en el puerto de la Trinidad; y tomando rumbo llegó á Cozumel en donde fué bien recibido por los naturales, teniendo la oportunidad allí, de rescatar al Diácono D. Gerónimo de Aguilar natural de Ecija. Conocedor este de todos los usos civiles, militares y religiosos de los naturales, sus nociones sirvieron de fundamento á la esquisita prudencia de Cortés para conducirse en las ocasiones de mayor riesgo y empeño. El citado Diácono, seguramente era uno de los compañeros del desgraciado Nicuesa que naufragaron cerca de las costas de Yucatán ocho años antes, y que cautivo entre los indios, fué el único de aquellos infelices que pudo sobrevivir á sus penas y desventuras. El mas singular regocijo tuvo Cortés

al estrecharle entre sus brazos, pues consideraba esta una adquisición de gran importancia para sus ulteriores conuinaciones.

Luego que arribó Cortés pasó revista á sus tropas, y encontró que constaban de ciento diez marinos, quinientos cincuenta y tres soldados, incluso treinta y dos ballesteros y trece arcabuceros; además, doscientos indios isleños y algunas indias para los oficios domésticos. Tenían diez piezas de artillería, cuatro piezas ligeras llamadas falconetes, y un buen abasto de municiones, así como diez y seis caballos y yeguas.

La escuadrilla, como ya indicamos, constaba de once buques; uno de ellos, el en que venía Cortés, era de cien toneladas; tres, de sesenta á ochenta; y el resto se componía de carabelas y vergantines sin cubierta, todos bajo la dirección de D. Antonio de Alaminos, que, esperto náutico y valiente veterano, había acompañado anteriormente á Colón, Córdova y Grijalva en sus viajes.

El cuatro de Marzo de 1519, salió la escuadra de Cozumel, de esa tierra para los españoles hospitalaria, y costeano la de Yucatán con rumbo al N. E., en breve montó el cabo Catoche, internándose con próspera fortuna en el Seno Mexicano.

Navegaba de esta suerte el famoso caudillo, é iba animado de las mas lisongeras esperanzas, trayendo por compañeros á los valientes capitanes, Francisco de Montejo, Pedro de Alvarado, Alonso Hernández Portocarrero, que habían acompañado ya á D. Juan de Grijalva: así como Francisco de Morla, Diego de Ordaz, Francisco de Sausedo, Juan de Escalante, Juan Velazques de Leon, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila, y por Capellán al Presbítero Bachiller Fray Bartolomé Olmedo, de la orden de Nuestra Señora de la Merced; cuando el 13 de Marzo de 1519 llegaba la armada frente á la barra de *Dos-Bocas* ó del rio de Tabasco ó de Grijalva. (5)

Debemos advertir aquí que los naturales de Champotón, molestos por la conducta que los tabasqueños habían observado con los Españoles, les echaron en cara el haber recibido las joyas y demás cosas que les regaló Grijalva, diciéndoles: que por miedo no se atrevieron á hacer la guerra, á pesar de ser, co-

mo eran mas numerosos, y que ellos, los de Champotón, con ser menos, habían repelido á los españoles. Irritados con este lenguaje los de Tabasco, ofrecieron que si otra vez volvían los extranjeros, los habían de recibir en son de guerra.

Tal era el estado de los ánimos, cuando al llegar á la confluencia del rio llamado de Tabasco, sobre una de cuyas márgenes á corta distancia de la mar, existía una poderosa ciudad de indios, Cortés ansioso por visitar la tierra descubierta por Grijalva, mandó echar los botes al agua, y disponíase á desembarcar pacíficamente, cuando una multitud de indios con gestos y alaridos amenazadores, armados en guerra se presentaron en sus canoas. El hidalgo capitán hizo guarnecer de soldados los botes y bogando hácia tierra, tuvo que sostener al entrar en el rio un terrible combate. Las indianas embarcaciones, no en confusión como en otras ocasiones se había visto, sino en buen orden, formaban un semicírculo tanto mas grande cuanto el cauce del rio lo permitiera. Este naval aparato juntamente con el aspecto guerrero de aquellos feroces combatientes, vestidos de pintadas mantas y guarnecidos con algodoados arneses; ostentando en sus cabezas levantados penachos de brillante plumaje, blandiendo en sus hábiles manos terribles mazos de recios troncos incrustados con cortantes pedernales, lanzando dardos y flechas con portentosa destreza y maniobrando en sus veloces canoas y cayucos; hicieron dudar del éxito á los españoles. Los embates del enemigo eran furiosos, varias veces se arrojaron al abordaje, pero eran rechazados por los disparos de la artillería castellana. Al caer la noche aun permanecía indecisa la pelea, pero al fin pudo Cortés con los suyos atracar á la isla de *Dos-bocas* en donde pernoctó, retirándose los indios que no peleaban á oscuras por prohibírsele sus ritos.

Al rayar el dia, Cortés dispuso el embarque de las tropas, para pasar al otro lado del rio en donde estaban los indios; ordenando que Alonso de Avila con cien hombres, al saltar á tierra, tomase el trayecto de las palmeras que conducía á la próxima ciudad, segun noticias que habían adquirido,

Los Tabasqueños observando el movimiento de los españoles, se pusieron en guardia ordenándose en defensa con el objeto de no dejarlos saltar. Cortés adelantó al Diácono Aguilar para que les requiriese, diciéndoles: que no le fueran hostiles, que él venía, como Grijalva, de paz; que su señor, Carlos V, quería tenerlos por vasallos y que protestaba por toda desgracia que sobreviniese á consecuencia de la actitud que ellos asumían y en fin que si él mal les *ficiese non le cotaba*.

La contestación de los indígenas fué su grito de guerra y una lluvia de dardos y saetas. Iniciado así el combate, hízose en breve reñido. Los de Cortés peleaban con el agua hasta la cintura, y al grito de viva San Pedro, Carlos V y la España, lanzáronse á tierra con inaudito arrojo. Mas el barranco á consecuencia de que el rio se habia desbordado poco antes, estaba cubierto de lama, teniendo los bravos castellanos que vencer esta nueva dificultad; pero al fin llegados á tierra firme, les fué mas fácil la pelea. Á poco andar se encontraron, sin embargo, con un piso fangoso en donde Cortés dejó un zapato; entre tanto Ávila con sus cien soldados, ligeros como gamos, acercábase á la atrincherada ciudad. Viendo los Tabasqueños que les cortaban la retaguardia, fueron peleando en retirada, hasta entrar en la población. Allí tenían atrincheramientos formados de grandes troncos de palos, [como hasta hoy los usan para defender sus sementeras del ganado,] que se extendían de trecho en trecho, por todas las calles hasta llegar á la plaza.

Ávila habia llegado por la parte opuesta y Cortés se aproximó á la ciudad, poniéndole sitio, allí empezaron á jugar las terribles armas de fuego; con cuyas detonaciones asustados los indios, despues de una ligera resistencia, emprendieron la retirada, cayendo algunos prisioneros, varios heridos y muchos muertos. De parte de Cortés hubo 40 heridos.

El capitán castellano interrogó á los prisioneros por medio de los intérpretes, y dijéronle estos que hacían la guerra porque los de *Pontonchán* y *Campich*, les habian hecho burlas por la conducta que observaron con Grijalva; y que su cacique estaba resuelto á continuarla hasta esterminarlos y que para el efec-

to habia reunido toda la gente de la tierra é igualmente á sus aliados para que, haciendo causa común, diesen una gran batalla.

Recorrido el campo y reconocida la ciudad, Cortés tomó posesión de ella, por ante el notario del Rey según las ritualidades de estilo, dando con su espada tres tajos en una hermosa *ceiba* que estaba en el centro de la espaciosa plaza, como en señal de derecho, dominio y toma de posesión.

En los templos ó adoratorios *Teócolis* ó *Kúes* alojó á su tropa, poniendo avanzadas y centinelas.

Echemos una ojeada á la ciudad indígena de Tabasco. Era esta populosisima y las casas en su mayor parte de adobe. Sus edificios atestiguaban que pertenecía á una raza mas culta que las que poblaban las islas conocidas, así como tambien su enérgica resistencia, habia probado que las aventajaban en valor.

Pedro Mártir ha dejado una brillante pintura de esta régia ciudad, dice: (*De Insulis* pág. 349.) *Dicen que existe una gran ciudad extendida á orillas del rio Tabasco; tan grande y célebre, cuanto no puede calcularse, sin embargo, afirma el piloto Alaminos y con él otros, que se extiende lamiendo la costa, como quinientos mil pasos y tiene veinticinco mil casas, las casas entrecortadas con huertas, las que están ricamente fabricadas con piedras y cal, en cuyo conjunto sobresale admirablemente la industria y arte de los arquitectos.*

Sin tratar de averiguar lo que haya de cierto en este relato, abstengámonos de emitir nuestra opinión supuesto que en este particular, los escritores contemporáneos no lo contradijeron.

Al dia siguiente de ocupada la ciudad, ordenó Cortés que Pedro de Alvarado con cien soldados y quince ballesteros, fuese á reconocer el terreno haciendo una incursión tierra adentro, y al capitán Francisco de Lugo con cien soldados ballesteros y escopeteros lo envió por otro rumbo; ordenándoles que volviesen á dormir á la Ciudad. El intérprete indio Melchor debía acompañar á Alvarado, pero al buscarlo no encontraron sino sus vestidos colgados de una palmera, por donde conocieron que se ha-

Los Tabasqueños observando el movimiento de los españoles, se pusieron en guardia ordenándose en defensa con el objeto de no dejarlos saltar. Cortés adelantó al Diácono Aguilar para que les requiriese, diciéndoles: que no le fueran hostiles, que él venía, como Grijalva, de paz; que su señor, Carlos V, quería tenerlos por vasallos y que protestaba por toda desgracia que sobreviniese á consecuencia de la actitud que ellos asumían y en fin que si él mal les *ficiese non le cotaba*.

La contestación de los indígenas fué su grito de guerra y una lluvia de dardos y saetas. Iniciado así el combate, hízose en breve reñido. Los de Cortés peleaban con el agua hasta la cintura, y al grito de viva San Pedro, Carlos V y la España, lanzáronse á tierra con inaudito arrojo. Mas el barranco á consecuencia de que el rio se habia desbordado poco antes, estaba cubierto de lama, teniendo los bravos castellanos que vencer esta nueva dificultad; pero al fin llegados á tierra firme, les fué mas fácil la pelea. Á poco andar se encontraron, sin embargo, con un piso fangoso en donde Cortés dejó un zapato; entre tanto Ávila con sus cien soldados, ligeros como gamos, acercábase á la atrincherada ciudad. Viendo los Tabasqueños que les cortaban la retaguardia, fueron peleando en retirada, hasta entrar en la población. Allí tenían atrincheramientos formados de grandes troncos de palos, [como hasta hoy los usan para defender sus sementeras del ganado,] que se extendían de trecho en trecho, por todas las calles hasta llegar á la plaza.

Ávila habia llegado por la parte opuesta y Cortés se aproximó á la ciudad, poniéndole sitio, allí empezaron á jugar las terribles armas de fuego; con cuyas detonaciones asustados los indios, después de una ligera resistencia, emprendieron la retirada, cayendo algunos prisioneros, varios heridos y muchos muertos. De parte de Cortés hubo 40 heridos.

El capitán castellano interrogó á los prisioneros por medio de los intérpretes, y dijéronle estos que hacían la guerra porque los de *Pontonchán* y *Campich*, les habian hecho burlas por la conducta que observaron con Grijalva; y que su cacique estaba resuelto á continuarla hasta exterminarlos y que para el efec-

to habia reunido toda la gente de la tierra é igualmente á sus aliados para que, haciendo causa común, diesen una gran batalla.

Recorrido el campo y reconocida la ciudad, Cortés tomó posesión de ella, por ante el notario del Rey según las ritualidades de estilo, dando con su espada tres tajos en una hermosa *ceiba* que estaba en el centro de la espaciosa plaza, como en señal de derecho, dominio y toma de posesión.

En los templos ó adoratorios *Teócolis* ó *Kúes* alojó á su tropa, poniendo avanzadas y centinelas.

Echemos una ojeada á la ciudad indígena de Tabasco. Era esta populosísima y las casas en su mayor parte de adobe. Sus edificios atestiguaban que pertenecía á una raza mas culta que las que poblaban las islas conocidas, así como tambien su enérgica resistencia, habia probado que las aventajaban en valor.

Pedro Mártir ha dejado una brillante pintura de esta régia ciudad, dice: (*De Insulis* pág. 349.) *Dicen que existe una gran ciudad extendida á orillas del rio Tabasco; tan grande y célebre, cuanto no puede calcularse, sin embargo, afirma el piloto Alaminos y con él otros, que se extiende lamiendo la costa, como quinientos mil pasos y tiene veinticinco mil casas, las casas entrecortadas con huertas, las que están ricamente fabricadas con piedras y cal, en cuyo conjunto sobresale admirablemente la industria y arte de los arquitectos.*

Sin tratar de averiguar lo que haya de cierto en este relato, abstengámonos de emitir nuestra opinión supuesto que en este particular, los escritores contemporáneos no lo contradijeron.

Al dia siguiente de ocupada la ciudad, ordenó Cortés que Pedro de Alvarado con cien soldados y quince ballesteros, fuese á reconocer el terreno haciendo una incursión tierra adentro, y al capitán Francisco de Lugo con cien soldados ballesteros y escopeteros lo envió por otro rumbo; ordenándoles que volviesen á dormir á la Ciudad. El intérprete indio Melchor debía acompañar á Alvarado, pero al buscarlo no encontraron sino sus vestidos colgados de una palmera, por donde conocieron que se ha-

bia fugado pasándose al enemigo. Empezaron la marcha ambos capitanes, cada cual en la dirección que se les había señalado, y como á distancia de una legua, se encontró Lugo con los escuadrones de indios que le acometieron con flechas y lanzas agitando sus rodela; se trabó una lucha acalorada en que cercados los Españoles llevaban la peor parte. Lugo estaba ya verdaderamente apurado cuando Alvarado, oyendo las detonaciones, corre á auxiliarlo, abriéndose paso con sus soldados. Entre tanto un escuadrón indiano, se fué sobre la ciudad en donde Cortés estaba; mas un indio de Guba, salió de las filas de Lugo y, cuitado, ocultándose bajo la maleza, corrió ligero y dió aviso de la celada al General. El caudillo advertido, diligente avanzó con la artillería, y al aproximarse al lugar de la pelea advierte que ya Lugo y Alvarado hacían fuego en retirada; pero apenas los indios divisan á Cortés y su artillería, cuando se paran, se amedrentan, y se retiran por fin á todo correr.

Terminado el combate, Cortés se retiró á su vez al campamento en el mejor orden.

En esta función de armas, hubo ocho soldados heridos de parte de Lugo, de los que dos murieron, y de parte de Alvarado, tres heridos, llevándose los indios sus muertos y heridos, cayendo algunos prisioneros.

Después de meditarlo largamente Cortés, decidió presentar una gran batalla á los indígenas, no queriendo abandonar el suelo tabasqueño sin dar á los naturales una severa lección que les sirviera de ejemplo y escarmiento.

Inmediatamente se expiden las órdenes para que se apresten los elementos de guerra, se mandan desembarcar los caballos, los que entumecidos por una larga navegación, no podían al principio tenerse en pié, aunque á poco rato ya giraban al gusto de los ginetes.

Se supo al mismo tiempo en el real español que los Tabasqueños si estaban dispuestos á pelear fuertemente y esperaban al ejército con denuedo, impavidez y bizarría, era porque el indio prófugo Melchor, [yá Julián había muerto,] les aconsejó que se batieran con valor, que no tuviesen miedo á las ar-

mas de fuego; les explicó como eran éstas y que también morirían los Españoles, pues no eran inmortales como los Dioses. En tal concepto los hijos de *Mukú-leh-chán*, invocaban á sus númen con confianza, y esperaban la muerte con valor.

Era el 25 de Marzo de 1519, cuando al levantarse el sol, marchaba el ejército de Cortés en busca de las huestes indianas, desfilando en la anchurosa plaza de la ciudad de Tabasco del modo siguiente: la infantería al mando de Diego de Ordáz, la artillería, al de Mesa, hombre que en la guerra de Italia se había distinguido; apropiándose Cortés la caballería, llevando con ella á los valientes y distinguidos hidalgos, Alvarado, Velazquez de Leon, Ávila, Portocarrero, Olid y Montejo, con los que tomó otro rumbo distinto al seguido por la infantería, dando rodeos para colocarse á la retaguardia del enemigo en caso necesario.

Así marchaban cuando de improviso, en las llanuras de *Cens-la ó Centla*, divisaron al ejército Tabasqueño, tan numeroso que parecía formar horizonte; eran cuarenta mil hombres repartidos en cinco escuadrones. Cada escuadrón se componía de un *Xiquipil* de combatientes. Los indios se presentaron con las caras enalmagradas, blancas y prietas, rayado el cuerpo y lleno de figuras y geroglíficos, portando grandes arcos, rodela y flechas, lanzas y espadas de maderas con cortantes pedernales, mazos de á dos manos, tremendas piedras y hondas, enarboladas sus insignias ó pendones y llevando en las cabezas levantados penachos de vistosos plumages; otros con aljabas y escudos de algodón, con caretas que imitaban á fieras salvajes, desnuda la piel, y al son de sus *tunkules* (*Jobón*) y tambores guerreros, trompas de caracol marino, trompetillas de largos carrizos, conchas de hicoteas y tortugas en las que repicaban con ramosos cuernos de ciervo, levantando su așordadora gritería hasta el cielo y haciendo crujir la tierra bajo sus bárbaras pisadas; y al grito de *iram iram yam ta lá* (á ellos) (ellos son) dispararon una lluvia de mortíferas flechas sobre los tercios castellanos. La batalla era sangrienta, furiosa, y el arrojo indiano digno de ser cantado por la épica musa de Homero. El grito de guerra de

los indígenas, cuando se apagaba el estruendo de sus instrumentos bélicos, se oía allá en lontananza, como un trueno lejano y entónces lanzábanse desesperados sobre las bocas de fuego, y sobre la brecha que el cañon abría cerrábanse compactas las filas, arrojando polvo sobre sus muertos y heridos, para que el enemigo no los viera. La lucha prolongábase, la sangre á torrentes corría en la llanura de Centla, y luchando cuerpo á cuerpo, ya casi vencian las huestes indianas, cuando se asoma el pequeño escuadron de caballería y los hidalgos caballeros, lanza en el ristre y espada en mano, penetran en las filas de los tabasqueños destrozando el ejército en todas direcciones. Diego de Ordaz, conoció el estrago que hacia la caballería, pues la vanguardia del enemigo empezaba á arremolinarse, y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando á los que la oprimian, con tanta resolución, que les obligó á ceder; y fué ganando terreno, hasta que llegó al paraje que tenían despejado Hernan Cortés y sus capitanes. Uniéronse todos para hacer el último esfuerzo, y cargando á paso veloz sobre los indios, hubieron estos de retirarse aunque caminaban haciendo *cara* á sus valientes adversarios, no dejando de pelear aunque á distancia, con sus armas arrojadizas; en cuya forma de apartarse y excusar el combate cuerpo á cuerpo perseveraron, hasta que, estrechándose la distancia y viéndose otra vez acometidos, volvieron la espalda y se convirtió en fuga la retirada.

Mirando Cortés la precipitada fuga del enemigo, dá orden de que no le persigan y de que se recorra el campo, hallándose de parte de los indios ochocientos muertos, muchos heridos y algunos prisioneros, y de parte de los castellanos dos muertos y setenta heridos; advirtiendo que entre los prisioneros habian dos capitanes ó caciques.

Despues de hecho ésto, retiróse Cortés con su tropa á un bosque de palmeras que circuía aquel llano, y bajo su anchurosa sombra, tributó gracias al Altísimo por la victoria obtenida, fundando desde ese dia en conmemoración de aquel hecho de armas, en los campos de *Censla*, la ciudad de Santa María de la Victoria por haber tenido lugar el 25 de Marzo de 1519, dia de la Encarnación del Divino Verbo.

Esta ciudad, como veremos adelante, fué poblada por el adelantado D. Francisco de Montejo (padre.) Los habitantes de ella celebraban allí y despues en San Juan Bautista, hoy capital del Estado, el dia 25 suntuosamenté, sacando en procesión con el pendon real, á la Imágen de la Santísima Virgen de la Victoria ó de la conquista, que Cortés dejó á los indios despues de celebrada la paz con ellos, la que se conserva hasta hoy en la Santa Iglesia Parroquial de San Juan Bautista de Esquipulas. Desde que se la mira, se comprende que ella es la que trajo el conquistador pues sin embargo de que hace 12 años desgraciadamente la retocaron, aun conserva todo el tipo Español en sus facciones, lo mismo que el precioso niño que tiene en sus brazos. Todo el Estado debía rendir un especial culto á esta Señora, pues por conducto de Ella, nos vino la gracia del cristianismo, y, por consiguiente, la luz de la civilización.

TRATADO DE PAZ.—Dice Solis que al otro dia mandó Cortés que se trajesen á su presencia los prisioneros, entre los cuales habia dos ó tres capitanes. Venían temerosos creyendo hallar en el vencedor la misma crueldad que usaban ellos con sus vencidos; pero Hernán Cortés los recibió con gran benignidad, y animándolos con el semblante y con el ademán los puso en libertad dándoles algunas bugerías y diciéndoles solamente: "que él sabía vencer y sabría perdonar." Pudo tanto esta demostración, que, al cabo de pocas horas, vinieron al cuartel algunos indios cargados de maíz, gallinas y otros bastimentos para facilitar con este regalo la paz que venian á proponer de parte del cacique principal de Tabasco. Era gente vulgar y deslucida la que traia esta embajada, reparo que hizo Gerónimo de Aguilar, por ser estilo de aquella tierra el enviar á semejantes comisiones indios principales, con el mejor adorno de sus galas. Y aunque Hernan Cortés, deseaba la paz, y salir de aquel estado de cosas, para llegar cuanto antes á la tierra del oro, no quiso admitirla sin que viniese la proposición como debian, antes mandó que despidiesen á la embajada y sin dejarse ver, respondió al cacique por medio del intérprete: "que si deseaba su amistad, enviase personas de mas categoría."